

Aunque sea
lo último
que haga

Una Rosa Blanca Una Rosa Negra
fue el comienzo de Rocío Prados

@Federico Correa Gil de Biedma 2017

*“La persona que no está en paz consigo misma,
será una persona en guerra con el mundo entero”*

Mahatma Gandhi

Prólogo.

Aravaca, Madrid, invierno de 1997.

En cuanto su marido arrancó el coche y agitó la mano en el aire, a modo de despedida, regresó al lugar que la tarde anterior le había llevado la providencia, o quizá fue su intuición, o la certeza de que estaba compartiendo su vida con un completo desconocido.

Pero jamás pudo imaginar algo así.

Abrió la puerta del desván, elevó la vista buscando una hilera de altillos sobre su cabeza y cogió con manos temblorosas una pequeña escalera que situó bajo la primera de las puertas.

Suspiró profundamente.

Algo dentro de ella le impulsaba a salir corriendo de aquél lugar y regresar a su vida cotidiana como había hecho durante los últimos años, pero no podía. Colocó la escalera, apoyándose en la puerta del armario comenzó a subir, uno a uno, los cuatro escalones que la separaban del altillo. Sentía su corazón galopando frenético, golpeando con furia en el pecho, las palmas de sus manos comenzaban a sudar.

Tiró del pomo.

Frente a sus ojos, diversos cachivaches de todo tipo. Justo detrás, ocultas por un par de bandejas y un recipiente de cristal, se escondía el objeto de su visita; varias cajas cuyo contenido necesitaba analizar con calma. Cogió la primera y descendió los escalones con la caja pegada al pecho. En su cabeza se iban reproduciendo multitud de escenas que en su momento no dio importancia, quizá porque no la tenían o porque siempre había una justificación plausible para cada una de ellas.

O porque no quiso verlo.

En la tarde noche de ayer, la búsqueda de unas fotos familiares que su hermana le había asegurado que estaban en su poder le animó a revisar el desván. Apenas pudo vislumbrar el contenido de la primera caja, la llegada de su marido se lo impidió, pero sí que pudo descubrir que su interior guardaba pequeños estuches de cristal, algunas cestas repletas de pulseras, collares, relojes, sujetadores, gemelos, carteras, documentos de identidad y algo que con toda seguridad no debía encontrarse ahí.

Sus ojos se desplegaron amenazando con abandonar las órbitas.

—¿Pero, qué...?— no tuvo tiempo para plantearse nada más. Una voz bien conocida la trasladó con violencia al presente.

—¡Cariño! ¿Dónde estás?

Devolvió todo a su lugar, trepó con torpeza por los escalones y dejó la caja en su sitio. Nerviosa, como no recordaba haberlo estado antes en toda su vida recorrió los ocho o diez metros que le separaban de la pared del otro extremo de la estancia, se sentó en el suelo mientras abría la puerta de un armario que corría a media altura por todo el muro.

—¡Cariño!

—¡En el desván! ¡Ahora bajo!— sintió como si la voz que partía de su garganta no fuera la suya.

No, aquello no debía estar allí, seguramente todo lo demás tampoco, pero ese reloj, con esa inscripción, no. Seguro. Se lo había regalado a su hermano, cuando terminó la carrera de económicas, unas pocas semanas antes de que su coche cayera por un precipicio.

Sus recuerdos la transportaron de nuevo al presente. Se encontraba a solas en compañía de sus dudas, de sus miedos. Su marido se había ido a trabajar, por tanto podría disponer de todo el tiempo que quisiera.

Eso creía.

Se hizo con todas las cajas del altillo, sumaban cuatro en total. Tomó asiento en uno de los taburetes que rodeaban la gran mesa rectangular de madera situada en el centro del desván. Lentamente levantó la tapa de la que había inspeccionado el día anterior y la dejó sobre la mesa.

De nuevo, suspiró profundamente.

De nuevo, su corazón comenzó a latir descontrolado y sus manos a sudar.

El rostro sonriente de su hermano se dibujó en sus recuerdos, le veía deshaciendo con cuidado el lazo que envolvía el paquete que contenía el reloj, con total nitidez, como si estuviera ahí delante.

—Pero...te habrá costado una fortuna, yo sólo te lo dije por...

—Te mereces eso y más.

La mujer llevó las manos a su rostro para cortar el paso a unas traicioneras lágrimas, dejó con mimo el reloj a un lado. Su vista se detuvo en lo que parecía ser un álbum de fotos. Sin abandonar los movimientos pausados lo cogió depositándolo en la mesa. Se tomó unos interminables segundos antes de reunir el valor suficiente para enfrentarse a lo que pudiera ocultar su interior.

Dejó caer la mano sobre el álbum. La tapa acolchada de color verde, y ribeteada en oro, pasó frente a ella como si unas manos invisibles la movieran. Ante sus ojos la primera foto.

A continuación la segunda...

La tercera...

—Dios mío...

Cada página del álbum se le antojaba como un golpe certero en la boca del estómago. Fotos macabras que reflejaban el horror que habían vivido hombres y mujeres y que el asesino había captado desde diferentes ángulos. Pasó las hojas como una autómatas no queriendo llegar a la fotografía que su mente buscaba pero que la razón le empujaba a mirar hacia otro lado. Una fecha en la parte superior de cada página, a continuación el nombre de un lugar. Debajo, una imagen de una pulsera, o un collar, o unos gemelos, colocada junto a la víctima, bien en su mano, en su cuello o en el puño de la camisa.

“Es su letra...”

Todo perfectamente documentado. Como psicóloga que era no albergaba duda alguna de lo que se mostraba ante ella. Sus manos, desobedeciendo sus órdenes, pasaban y pasaban páginas hasta llegar al quince de abril de 1987.

Ahí estaba.

Un recorte de periódico, fechado dos días después, que recogía la noticia del accidente de su hermano Felipe. Una foto del reloj colocado en su muñeca. Otras dos del propio Felipe con el rostro desencajado mirando a la cámara.

—¡Dios mío!

Llevó las manos a la cara ahogando un grito. Durante unos minutos fue incapaz de apartar la mirada de la imagen de su hermano. Por sus mejillas comenzaron a resbalar lágrimas de forma descontrolada. En un momento de lucidez volvió la cabeza hacia su derecha, del bolso extrajo el móvil e hizo una llamada que quizá debió haber realizado tiempo atrás.

Sólo quedaba esperar.

Eso hizo, esperó, a ratos con la mente en blanco, a ratos con la imagen de Felipe, la cara desencajada, mirada suplicante, mostrándose insistente en su cabeza. A ratos, con el rostro del desconocido con el que había compartido los últimos veinte años.

De repente, la puerta del desván se abrió.

—¿Qué haces ahí, Blanca? He traído a los niños porque por lo visto hoy no hay clases por amenaza de bomba y...— su mirada se detuvo en el álbum de fotos y en las cajas que había sobre la mesa. Su vista fue al altillo, de nuevo a su mujer.

—Pero... ¿Qué has hecho? No debiste...

De fondo, el ulular de las sirenas de la policía se colaba entre el silencio que se había apoderado del desván. El hombre no añadió nada más, dio media vuelta y salió corriendo.

Dos pares de ojos observaban la escena.

Parque El Retiro, Madrid, primavera del 2000.

Habían pasado la tarde merendando en una de las terrazas del parque que dan al estanque. El día soleado invitaba a alquilar una barca antes de que el sol se ocultara.

—Yo os espero aquí, no me apetece nada lo de pasear en barca y remar— la chica echó su melena rubia por un lado mientras daba un fugaz vistazo a sus uñas.

—Bien, como quieras, en menos de una hora volvemos. ¿Oye, nos dejas la cámara?

—Lo siento, Marcos, ya sabes que es un recuerdo y siempre va conmigo— dijo poniéndose en pie— Me voy a casa, aún no he terminado el trabajo para mañana.

—Siempre dejas todo para el final. Bueno, nosotros vamos a dar una vuelta en barca— volvió la mirada hacia la rubia— ¿Prefieres quedarte sola?

—Sí, tomaré un poco el sol. No me va a pasar nada.

La chica rubia estiró las piernas sobre la silla metálica que dejaron libre y cerró los ojos sintiendo el tenue calor de los rayos del sol en su rostro.

Apenas fueron diez minutos.

Lo que se presumía como una tarde soleada dejó paso a unos inesperados nubarrones que en breves minutos cubrieron el cielo.

Comenzó a llover.

—¡Malditas nubes!

Recogió las piernas, miró a un lado y a otro buscando un sitio donde guarecerse de la lluvia. Lo vio. A su derecha, a no más de cincuenta metros distinguió varios árboles de frondosas ramas.

Se puso en pie.

La fina lluvia se convirtió en un aguacero. La gente corría de un lado a otro mientras se hacía de noche a media tarde.

Con el bolso sobre la cabeza aceleró el paso con cuidado de no perder el equilibrio en el suelo embarrado. Conforme se acercaba a su objetivo comprobó satisfecha que el grupo de arboles permitía introducirse entre ellos.

—Me he empapado— dijo mientras daba golpes en el suelo con las botas de caña corta— cómo se me estropeen...

Ya a cubierto asomó la cabeza y elevó la vista al cielo. Parecía que los nubarrones habían venido para quedarse.

“El puñetero hombre del tiempo no da una”

De pronto sintió una presencia a su espalda. Una presencia y un olor inconfundible que sin saber por qué le hacía sentirse bien, quizá demasiado bien.

—¿Pero no te habías ido?

—Al ver que llovía he vuelto por si me necesitabas.

Gus se colocó detrás de ella rodeándola con sus brazos. La nariz rozando su cuello, su tibia respiración erizaba el vello de su amiga.

Con ello contaba.

Pudo atisbar el perfil de la chica con una suave sonrisa recién dibujada en su rostro. No había nada como hacer el amor, o simplemente jugar, en lugares públicos. Entre los favoritos de la pareja se encontraban los baños de la Facultad de Ciencias de la Información, la propia aula, cuando ya se habían ido todos y faltaban pocos minutos para que el bedel hiciera su ronda. En los recovecos de los anchos pasillos o en las escaleras entre

plantas o en probadores, incluso, como ahora, escondidos entre un grupo de árboles viendo a la gente correr.

—Eres malo, Gus. Oye, ¿Sabes qué nunca te he preguntado si Gus es de Gustavo?

Fue lo último que dijo antes de que un fino alambre se enrollara en su cuello y terminara con su vida entre espasmos. El chico tiraba con fuerza sin perder de vista el rostro de su amiga presa del pánico. Sus ojos exageradamente abiertos, llenos de dudas, de preguntas, las manos intentando asirse al alambre. Tiró hacia abajo para dejarla caer en el suelo y no pesara tanto. Si no fuera por lo novedoso de la situación se hubiera reído con el descontrolado movimiento de pies y piernas de la chica, parecía que se esforzaba en quitarse los zapatos.

“La próxima vez tendré que pensar en otra cosa”

Tiró y tiró con más fuerza, sentía como los dedos le quemaban y su respiración se agitaba por el tremendo esfuerzo. Poco a poco ella dejó de resistirse, los brazos colgados a ambos lados y la mirada fija en su asesino.

—No me mires así, Lorena, no es nada personal— susurró.

El chico moreno negaba con la cabeza mientras dejaba caer lentamente el cuerpo inerte de la chica rubia en el suelo. Con gesto de hastío desenrolló el alambre, limpió una de sus manos que introdujo en un bolsillo del pantalón para hacerse con una pulsera.

Miró a Lorena.

—Te dije que ese color de uñas no te sentaba bien— murmuró mientras le colocaba una pulsera en la muñeca— Te lo cambio por... A ver...

Durante unos segundos su mirada recorrió el cuerpo de la chica. Negaba lentamente como si le costara decidirse.

—...por este anillo— con dos dedos lo rodeó y tiró, al principio con suavidad. No había manera.

“Mierda”

Sentía como se estaba enfureciendo por momentos.

“Tranquilo, sólo es un puto anillo”

—Maldita manía de ponértelo en el dedo gordo— escupió las sílabas mientras tiraba con rabia. Al fin, con un último esfuerzo, logró hacerse con el pequeño aro que guardó en un bolsillo del pantalón y sacó su pequeña cámara y sacó varias fotografías.

—Con el teléfono móvil, la cámara, el tabaco, las llaves, voy a necesitar una maldita mariconera para cuando haga más calor— murmuró mientras ajustaba el objetivo— en invierno es todo más fácil con el plumas o con lo que lleve siempre hay sitio.

“En fin, vamos allá”

Barrió el lugar con la mirada, no parecía que hubiera nadie cerca. Colocó la mano de Lorena con la palma hacia abajo, separó los dedos que se empeñaban en cerrarse en un puño.

—Así está bien.

Hizo un par de fotografías de la pulsera y otras tantas del rostro de la chica que miraba a Gus con los ojos exageradamente abiertos, quizá, asombrada por lo que había hecho.

—No me mires así, te prometo que no tiene nada que ver contigo. O sí, y resulta que formas parte de un ambicioso plan con el que he de continuar— susurraba mientras cruzaba los brazos de la chica sobre el pecho, pero uno se resistía y se deslizaba hasta el suelo.

“Es igual”

Aguantándose las ganas de fumar dejó que pasaran unos minutos antes de decidirse a abandonar su escondite entre los árboles. Elevó la vista al cielo, los nubarrones habían decidido acompañarle unos minutos más, pero por lo menos había dejado de llover. Repasó su camisa, eliminó unas invisibles motas de polvo y sacudió sus pantalones. Nada más poner un pie al otro lado del refugio de las frondosas ramas una pequeña pelota llegó botando hasta chocar con sus zapatos. Una niña, que no debía contar más de cuatro años, apareció corriendo, al descubrir a Gus se detuvo en seco. La barbilla pegada al pecho y la vista en los ojos del chico.

—¿Es tuya?— quiso saber mientras cogía la pelota.

La niña asintió. Su mirada se iba a un punto entre los árboles.

—¿Dónde están tus padres?

Sin dejar de mirar hacia ese punto estiró el brazo señalando detrás de ella.

—Allí.

Gus se volvió siguiendo la mirada de la niña. Un zapato de Lorena asomaba entre el suelo y las ramas.

—¿No te han dicho que nunca hables con desconocidos?

—Sí.

—Pues obedece a tus padres— dijo entregándole la pelota— ¡Corre! ¡Vamos!— tras un par de secas y sonoras palmadas la pequeña salió despavorida.

Gus se subió el cuello de la fina chaqueta, hundió las manos en los bolsillos y con paso distraído abandonó El Retiro, subió por la calle de O'Donnell camino de la boca de metro de Ibiza. Mientras aguardaba el semáforo sacó un pitillo. En su cabeza se reproducía el momento recién vivido. Mientras encendía el cigarro una fina sonrisa se perfiló en su rostro. En cuanto el semáforo cambió, miró a las nubes y formuló mentalmente un *lo siento*, dicho con la boca pequeña.

“Necesito una Coca Cola”

Apuró un par de caladas, entró en un bar. A su derecha, una pequeña mesa redonda que parecía de uso individual, le estaba llamando. Mientras le traían la bebida miraba a través del cristal, sin ver. De nuevo, su mente repasaba a cámara lenta los últimos momentos, desde que vio a Lorena ponerse a cubierto bajo los árboles hasta que la dejó caer al suelo, pasando por el instante en que rodeó su cuello con el fino alambre.

Se sentía bien. Muy bien.

—Su Coca Cola.

—Gracias.

Volcó el contenido de la lata a un par de dedos de distancia del vaso. Sonrió con el resultado dispuesto a hacer lo que más gustaba; dar cortos y lentos sorbos a la condensada espuma.

De nuevo, la vista más allá del cristal.

Lo de elegir a Lorena no respondía a un asunto personal, más bien a una cuestión de comodidad. Sabía que a su lado la oportunidad le podría surgir en cualquier instante, pero las semanas pasaban y no daba con el momento adecuado, por ello, desde pocos días atrás llevaba el alambre en el bolsillo y la cámara.

Era consciente que elegir a una persona conocida no era buena idea. No, nada buena, pero para estrenarse no se le ocurrió otra mejor. Tenía un largo trabajo por delante y había dejado pasar demasiados años sin atreverse a dar el paso.

Sonrió a sus recuerdos.

La verdad no era exactamente así, ya se había estrenado, pero su falta total de experiencia no le había permitido terminar el trabajo como mandaban los cánones. Al menos, los cánones que había estudiado y aprendido con detenimiento. Aquello se saldó con un simple empujón y una zancadilla, nada comparable con lo que ya consideraba su estreno. Bueno, pensándolo bien había habido otras, pero sin planificar y eso no se podía considerar un buen trabajo.

Ahora ya no había vuelta atrás.

La cacería había comenzado.

Las siguientes víctimas tenían nombre y apellido, sólo faltaba poner fecha al día de su muerte. Sí, se sentía feliz, cargado de adrenalina y en disposición de continuar con un trabajo que nadie debió interrumpir.

Salió del bar y entró en el metro.

“Tengo que estudiar”